

La Guerra del Peloponeso

Después de la Guerras Médicas, La Liga del Peloponeso, que se aglutinó en torno a Esparta, y la Liga de Delos, que lo hizo en torno a Atenas, sostuvieron a lo largo del siglo V una lucha por la hegemonía griega y buscaron afanosamente, por todos los medios, debilitar al contrario.

A partir del año 446, se firmó una tregua que debería durar treinta años y por la que Atenas seguía conservando su supremacía marítima, aunque renunciando a sus pretensiones en el Peloponeso y a intervenir en los asuntos de la península; las ciudades podrían así elegir entre la amistad de una de estas potencias y se establecía una especie de equilibrio entre ambas ciudades rivales. A partir de esas fechas Atenas, que siguió dirigida por Pericles, pudo intensificar su presencia en los mercados del Mediterráneo y apuntalar su Imperio, que era ya por entonces una realidad.

Pero cuando Atenas, liderada por Pericles, impuso una prohibición comercial contra Megara (miembro particularmente vulnerable de la alianza espartana) por la que ningún mercader megarense podía comerciar en ningún puerto controlado por Atenas, lo cual significaba que no podía comerciar prácticamente en ninguna parte, los espartanos pudieron comprobar los terribles efectos del inmenso poder marítimo.

Aterrorizados, los éforos hicieron caso omiso del rey Arquidamo, que mantenía buenas relaciones con Pericles, y en 431 declararon que Atenas había roto la Tregua de los Treinta Años (que por entonces sólo había durado catorce años).

Los estados griegos se alistaron en uno u otro bando en torno a ambos protagonistas del conflicto. La superioridad naval de los atenienses era indiscutible; por su parte, Esparta podía reclutar fuerzas terrestres no menores, pero era inferior en fuerzas marítimas y en recursos monetarios. La estrategia de Pericles fue evitar un combate terrestre decisivo, aun a expensas del sacrificio del Ática, conservar el dominio del mar y abstenerse, durante la lucha, de toda adquisición de nuevos territorios.

Son muchos los acontecimientos que influyeron en el transcurso de esta guerra que no vamos a relatar aquí, pero Esparta acabó comprendiendo que nunca podría dar fin a la guerra mientras Atenas no fuese derrotada en el mar. Quisiese o no, Esparta tenía que convertirse en una potencia marítima. Para obtener barcos y remeros, necesitaba dinero contante y sonante, y sabía

dónde obtenerlos: en Persia. Artajerjes, el rey persa, mantuvo la paz mientras vivió y nunca intervino en las riñas griegas. Pero en 424 a. C. murió. Dos de sus hijos pronto fueron asesinados, pero el tercero Darío II, subió al trono. Una vez que se sintió seguro en él, se mostró dispuesto a reasumir una política agresiva hacia Grecia. No tenía la intención de llevar una verdadera guerra (de ésta, Persia ya había tenido bastante), sin duda, sino de utilizar un método más nocivo: dar dinero a las ciudades griegas para que siguieran guerreando y arruinándose unas a otras. Esparta era la más ansiosa de dinero, y en 412 a.C. llegó a un entendimiento con Tisafernes y Farnabazo, sátrapas de las partes meridional y septentrional, respectivamente, de Asia Menor.

Cuando en 405 a. C., atenienses y espartanos trabaron combate en Egospótamos, atacada repentinamente, la flota ateniense fue tomada sin lucha y los marinos muertos. La batalla de Egospótamos puso fin a la guerra del Peloponeso. Los atenienses ya no tenían con qué combatir; había muerto toda su generación joven; su flota estaba destruida; habían gastado todo su dinero, hasta el que provino de los ornamentos de sus templos; su voluntad de resistencia estaba agotada. Una a una fueron sometidas las ciudades del norte de Egeo. Cuando la flota espartana apareció frente a El Pireo, en 404 a. C., Atenas debió enfrentarse finalmente con la amarga verdad, y totalmente inerme se rindió.

Los Treinta Tiranos

Algunos de los aliados de Esparta sugirieron que Atenas fuese completamente destruida y su pueblo vendido como esclavo, pero Esparta, que en ese último minuto recordó lo que Atenas había hecho por Grecia en Maratón y Salamina, le permitió sobrevivir. En abril del 404 a. C. los Largos Muros fueron derribados y Atenas fue puesta bajo la dominación de una oligarquía.

Esparta ejerció entonces la supremacía de Grecia y la mantuvo durante una generación instalando oligarquías en todas partes. La oligarquía más cruel, y al mismo tiempo la más débil, fue la de la misma Atenas, dominada por treinta hombres (llamados «los Treinta Tiranos»), dirigidos por Critias. Éste, desesperado de la democracia que le había desterrado años atrás, se adueñó del poder e inició un reinado del terror, expulsando de Atenas a algunos demócratas importantes y haciendo matar a otros, hasta a aquellos de su propio partido, a quienes juzgaba demasiado blandos. En pocos meses demostró a los atenienses lo que significaba realmente la libertad, al despojarlos totalmente de ella.

Entre los que marcharon al exilio se contaba Trasíbulo, el líder de la flota democrática en Samos siete años antes. Ahora prestó un nuevo servicio a la democracia: reunió a algunos exiliados y, en una audaz incursión por el Ática, se apoderó de File, una fortaleza situada a unos 18 kilómetros al norte de Atenas. Dos veces los oligarcas trataron de desalojar de File a los demócratas y, en la segunda batalla, Critias fue muerto. Trasíbulo se apoderó de El Pireo, donde los demócratas siempre fueron más fuertes que en la misma Atenas. Los restantes oligarcas, entonces, apelaron a Esparta, y el rey espartano Lisandro se dispuso a marchar contra Trasíbulo. Lo que salvó a los demócratas fue la política interna espartana. Lisandro no era popular entre los reyes y los éforos espartanos. Había tenido demasiados éxitos y se había vuelto arrogante. El rey espartano Pausanias, con el acuerdo de los éforos, reemplazó a Lisandro y (para injuriar a Lisandro) no salvó a los oligarcas, sino que permitió la restauración de la democracia ateniense, en septiembre de 403 a. C.

[La muerte de Sócrates](#)

La oligarquía había sido una experiencia sangrienta y horrorosa; y aunque se declaró una amnistía entre los dos partidos la democracia restaurada sentía encono hacia quienes consideraba antidemócratas. Esto fue lo que incitó a la democracia ateniense a tomar una medida particularmente desdichada: la ejecución de Sócrates.